



LNR Semanario

La Nueva República

Por CubaCID



Ya está bueno de abusos

Arelis Rodríguez Silva, representante del CID en el municipio de Alquizar denuncia que en 6 meses les llega la corriente si acaso 2 horas al día. Pero le quieren cobrar 5000 pesos mensuales y le trataron de cortar la luz y no lo permitió. Denuncia que lo que está pasando es porque saben que es una opositora desde hace más de 20 años por si algo le pasa porque la han amenazado de llevarla a la fiscalía y ella no va a permitir que le corten la luz.



La Dra. Genné María Rodríguez Gutiérrez, patriota y miembro de la delegación del CID en República Dominicana, se prepara junto a otros cubanos para manifestarse por la libertad de Cuba.



El embajador de Estados Unidos ante las Naciones Unidas, Mike Waltz, en la Asamblea General de la ONU

Mientras el pueblo pasa hambre, la élite castrista vive entre lujos

El embajador de Estados Unidos ante las Naciones Unidas, Mike Waltz, utilizó la tribuna de la Asamblea General de la ONU para plantear una pregunta que el régimen cubano difícilmente puede responder: si en Cuba faltan alimentos, medicinas, combustible y electricidad, ¿cómo se explican los lujos de quienes gobiernan la Isla?

Waltz recordó que, mientras millones de cubanos padecen apagones y los hospitales carecen de recursos, la cúpula mantiene sus privilegios. Preguntó cómo puede haber combustible para el avión privado de la familia Castro cuando escasea para los hospitales, y cómo Miguel Díaz-Canel puede exhibir corbatas Hermès, un reloj Rolex y utilizar una pluma Montblanc.

Pero la denuncia más importante fue económica. Waltz señaló directamente a GAESA, el conglomerado empresarial controlado por los militares. Según el embajador, GAESA maneja un fondo fiduciario de 18.000 millones de dólares y “ni un centavo” de esas ganancias llega al pueblo cubano. Ante los delegados preguntó dónde está todo ese dinero.

La acusación toca el centro del problema cubano. Durante décadas, el régimen ha atribuido la pobreza, el deterioro de

los servicios y la escasez al embargo estadounidense. Waltz respondió que culpar a Estados Unidos es prácticamente el único plan económico que le queda a La Habana. También recordó que Cuba recibe ayuda humanitaria de numerosos países y organismos internacionales.

El diplomático denunció además la explotación de médicos y enfermeros enviados al extranjero, cuyos salarios son retenidos en gran parte por el régimen, y exhibió fotografías de presos políticos cubanos, recordando la represión desatada después de las protestas del 11 de julio de 2021.

Bruno Rodríguez intentó interrumpirlo dos veces mediante mociones de orden pero la presidencia de la Asamblea rechazó las interrupciones. Waltz respondió que la verdad puede ofender, pero decirla no constituye una falta de respeto.

Su intervención dejó planteada una cuestión esencial: antes de atribuir la miseria cubana a factores externos, hay que preguntar quién controla los recursos del país y adónde va el dinero.

Y en el centro de esa contradicción aparece GAESA: miles de millones de dólares bajo control militar mientras una nación entera vive en permanente escasez.

Por Laura Labrada Pollan. Presidenta de Cuba Independiente y Democrática (CID)



«¡El pueblo cubano jamás será vencido!» (V. Volikov, 1960).

Pueden amarrar la sucesión, pero no pueden amarrar la historia

El régimen castrista quiso terminar con los rumores sobre la muerte de Raúl Castro y consiguió demostrar que está vivo. Pero las imágenes del acto por el aniversario de la Dirección de Seguridad Personal del Ministerio del Interior dejaron también otra impresión: a sus 95 años, Raúl no pudo leer públicamente el mensaje que llevaba preparado. Tuvo que hacerlo por él el ministro del Interior, Lázaro Alberto Álvarez Casas.

La escena importa mucho más allá del estado físico del anciano general. Raúl Castro representa el último vínculo directo con la generación que tomó el poder en 1959. Su desaparición significará inevitablemente el final de una época. Y quienes hoy gobiernan Cuba saben que tendrán que enfrentarse a ese momento sin Fidel y sin Raúl.

Desde ya saben que se enfrentan a un pueblo que cada día tiene menos temor y que el régimen no encuentra salida a una crisis provocada por décadas de ineptitud y corrupción. Ya no tienen el apoyo incondicional de otros tiempos, perdieron la muleta venezolana que los sostuvo desde el desplome de la URSS y se acabó el petróleo regalado. El turismo está en crisis y la explotación de los médicos en el exterior ya no basta para sostenerlos. Y para colmo, en Estados Unidos hay un presidente y un secretario de Estado que se han comprometido a ayudar al pueblo cubano a ser libre.

Por eso resulta revelador el espectáculo organizado alrededor de su aparición. Se volvió una vez más a Fidel, a la Sierra Maestra, a la Revolución, al enfrentamiento con Estados Unidos y a los muertos que deben servir de "guía". Hasta un declamador proclamó que, "quiera el imperio o no quiera", Raúl "va a

seguir estando vivo". Los presentes se pusieron de pie y aplaudieron. Su propio nieto y guardaespaldas, Raúl Guillermo Rodríguez Castro, apareció visiblemente emocionado.

Aquello parecía menos una demostración de confianza que un esfuerzo colectivo por darse ánimo.

Una dirección segura de su futuro no necesita refugiarse constantemente en los símbolos de hace más de medio siglo. La cúpula castrista tiene delante una realidad que no puede resolver con consignas: una economía profundamente deteriorada, una población agotada, una emigración gigantesca, la desaparición progresiva de la generación de los fracasados y la incertidumbre sobre lo que ocurrirá.

Nadie dentro de esa cúpula puede saberlo.

Ese es precisamente el problema. Pueden organizar la sucesión, distribuir cargos, controlar las fuerzas represivas y repetir que todo está previsto. Pero no pueden amarrar la historia. Tampoco pueden saber qué rivalidades aparecerán, qué decisiones tomarán quienes hoy parecen obedientes, cómo reaccionará la población ni qué acontecimiento inesperado puede romper el equilibrio.

La aparición de Raúl pretendía transmitir continuidad. Terminó mostrando fragilidad. Un anciano incapaz de leer su propio mensaje, rodeado de dirigentes que vuelven a Fidel, a la Sierra Maestra y a las consignas de siempre para convencerse unos a otros de que la Revolución continuará.

Quizás el mensaje más importante de aquel acto no fue el que Raúl Castro no pudo leer. Fue la necesidad que tuvieron todos de repetirse que siguen siendo fuertes.

Cubacid



Fernando Michael Bárzaga Mompí, miembro de CID

Cinco años de prisión no lograron doblegar a Fernando Bárzaga

Fernando Michael Bárzaga Mompí, miembro de Cuba Independiente y Democrática (CID), recuperó la libertad en Manzanillo, Granma, después de cumplir cinco años de prisión por participar en las protestas del 11 de julio de 2021. Había sido condenado por delitos relacionados con aquellas manifestaciones.

Su familia lo esperaba con una bandera cubana. Sus hijos corrieron a abrazarlo al salir. Pero cinco años de cárcel no habían cambiado sus convicciones. Envuelto en la bandera nacional declaró: **"La libertad no es completa, hasta que el pueblo de Cuba no sea libre, yo no soy libre"**. Y agregó: **"Seguimos en combate, ya estoy en la calle"**.

Durante su encarcelamiento, Bárzaga denunció las condiciones de las prisiones cubanas, la falta de alimentos y medicamentos, negligencia médica y represalias. En febrero de 2025 denunció la muerte de dos reclusos en Las Mangas y responsabilizó a la falta de atención médica. Él mismo sufrió problemas de salud sin recibir atención adecuada.

Desde prisión también denunció el sufrimiento de su familia y sus seis hijos y, en febrero de 2026, todavía encarcelado, llamó a los cubanos a resistir hasta lograr el fin de la dictadura.

Apenas dos semanas después de recuperar la libertad, Bárzaga volvió a denunciar públicamente al régimen, describiendo corrupción, abusos y mecanismos de represión dentro de las cárceles cubanas.

****Cinco años de prisión no consiguieron silenciarlo.****

Por Laura Labrada Pollan. Presidenta de Cuba Independiente y Democrática CID)



Última comparecencia pública de Raúl Castro. Tuvo lugar el sábado 5 de septiembre de 2026, cuando asistió al acto político por el 65.º aniversario de la Dirección de Seguridad Personal del Ministerio del Interior en La Habana.

El futuro de Cuba no depende de que Raúl viva o muera

La conmemoración en La Habana del 65 aniversario de la Dirección de Seguridad Personal del Ministerio del Interior reunió a Raúl Castro con altos dirigentes del régimen y jefes del MININT. La ceremonia pretendía demostrar que, a pesar de los rumores sobre su salud, Raúl seguía allí.

Pero las imágenes mostraron también a un hombre de 95 años visiblemente debilitado. No pudo leer el mensaje preparado para la ocasión y tuvo que hacerlo en su lugar Lázaro Alberto Álvarez Casas, ministro del Interior. Al final, tampoco pudo gritar con energía el tradicional "¡Venceremos!".

La escena inevitablemente provoca una pregunta: ¿qué ocurrirá en Cuba cuando muera Raúl Castro?

Quizás esa sea la pregunta equivocada.

El problema de Cuba no comenzó con la vejez de Raúl y tampoco desaparecerá con su muerte. La tragedia cubana no depende de la salud de un hombre, sino de un sistema que durante más de seis décadas ha demostrado su incapacidad para crear prosperidad aun cuando ha contado con recursos y oportunidades extraordinarias.

Fidel Castro tuvo durante décadas el respaldo económico, militar y político de la Unión Soviética. Cuba recibió enormes subsidios, petróleo, créditos, mercados preferenciales y toda clase de ayuda. Sin embargo, en lugar de construir una economía capaz de sostenerse por sí misma, el castrismo destruyó buena parte de la capacidad productiva que el país ya tenía.

Cuando desapareció la Unión Soviética quedó al descubierto la verdadera dimensión de aquella dependencia. Cuba no podía sostener el nivel de vida que el régimen había

pretendido garantizar porque una parte considerable de aquel modelo descansaba sobre los recursos que llegaban del exterior.

Después apareció otra tabla de salvación.

Hugo Chávez convirtió a Venezuela en el nuevo sostén del castrismo. Llegaron nuevamente petróleo, recursos financieros y enormes ventajas económicas. Raúl Castro tuvo así una segunda oportunidad histórica que pocos sistemas fracasados han recibido: después de perder a la Unión Soviética, apareció otro país dispuesto a mantenerlo. Tampoco funcionó.

Hoy Cuba vuelve a encontrarse ante las consecuencias de un modelo incapaz de generar la riqueza necesaria para sostener al país. La infraestructura se deteriora, la producción nacional resulta insuficiente y cientos de miles de cubanos han decidido buscar fuera de la Isla las oportunidades que el sistema les niega dentro de ella.

Por eso es un error convertir la muerte de Raúl en una especie de fecha decisiva para Cuba.

Raúl puede vivir meses o años. Puede aparecer nuevamente en público o dejar de hacerlo. Nada de eso modifica el problema fundamental.

Cuba no necesita esperar la muerte de Raúl Castro. Necesita terminar con el sistema que Fidel impuso, que Raúl heredó y que ninguno de los dos, aun contando con extraordinaria ayuda exterior, pudo convertir en una economía capaz de ofrecer prosperidad a los cubanos.

La libertad de un pueblo no puede depender de cuánto tiempo viva un anciano.

El futuro de Cuba tampoco.

Por Roxana Rodríguez, Secretaria de Relaciones Internacionales del CID

¿Quién dijo que el castrismo no puede caer?

Afirmar que la caída del régimen castrista es imposible porque ha sobrevivido durante más de seis décadas no es un análisis de la realidad, sino una forma de determinismo histórico: creer que lo que ha perdurado necesariamente seguirá perdurando. La historia ha invalidado repetidamente esa hipótesis. Imperios, dictaduras y sistemas políticos que parecían indestructibles desaparecieron en periodos sorprendentemente breves.

La historia puede compararse con una montaña cubierta de nieve. Durante años se acumulan capas mientras todo parece inmóvil. Hasta que un pequeño desprendimiento desencadena la avalancha.

Europa parecía estable antes de 1914, pero bajo aquella apariencia se acumulaban rivalidades y temores. Alemania aspiraba a mayor poder; Gran Bretaña temía por su posición; Francia desconfiaba de Alemania; Rusia buscaba ampliar su influencia; Austria-Hungría temía los movimientos nacionalistas y Serbia aspiraba a reunir bajo su influencia a pueblos eslavos.

Entonces ocurrió algo que nadie podía calcular en todas sus consecuencias. El 28 de junio de 1914, un joven serbio de Bosnia asesinó en Sarajevo al archiduque Francisco Fernando. Austria-Hungría decidió castigar a Serbia; Rusia salió en su defensa; Alemania respaldó a Austria-Hungría; Francia apoyó a Rusia; Alemania atacó a Francia entrando por Bélgica y Gran Bretaña intervino. En pocas semanas, el pequeño desprendimiento había provocado la avalancha.

Cuatro años después, Europa era otra. Alemania había sido derrotada, desaparecieron los imperios austrohúngaro y otomano y cayó la monarquía rusa. Estructuras que parecían permanentes habían desaparecido o cambiado radicalmente.

De aquel cataclismo surgió finalmente la Unión Soviética, otra estructura que durante décadas pareció destinada a perdurar. Tampoco fue eterna. Sus fracasos económicos y contradicciones internas fueron debilitándola. Pero ni siquiera eso permitía predecir cómo llegaría el desenlace.

Tras la muerte de Leonid Brézhnev en 1982, Yuri Andrópov gobernó apenas quince meses y Konstantín Chernenko, trece. Dos muertes inesperadamente próximas abrieron el camino para que Mijail Gorbachov llegara al poder en 1985. Sus reformas desencadenaron fuerzas que terminaron en la implosión de la Unión Soviética. En apenas seis años, una de las dos grandes superpotencias del mundo dejó de existir.

Ese precedente debería servir de advertencia a quienes aseguran que la sucesión cubana está perfectamente organizada y que después de Raúl Castro nada sustancial podrá ocurrir. Ningún grupo gobernante puede amarrar todas las variables de la historia.

Una crisis económica puede agravarse. Una protesta puede extenderse. Una decisión internacional puede alterar el equilibrio existente. Una división interna puede aparecer donde nadie la esperaba. Incluso una muerte puede colocar inesperadamente en una posición decisiva a una persona que meses antes parecía secundaria.

Quien asegure que a la muerte de Raúl Castro nada cambiará porque sus sucesores lo tienen todo amarrado está jugando a la ruleta y apostando a un solo número. Nadie sabe cuál será el próximo desprendimiento ni qué fuerzas pondrá en movimiento.

El castrismo carga hoy con sus propios fracasos y contradicciones. Haber sobrevivido durante décadas no demuestra que pueda sobrevivir indefinidamente. Demuestra solamente que ha sobrevivido hasta hoy.

Pueden amarrar la sucesión. No pueden amarrar la historia.



El gigante chino también tiene pies de barro

Durante años China ha proyectado al mundo la imagen de una potencia económica arrolladora: construye ciudades, ferrocarriles y fábricas a una velocidad extraordinaria, domina sectores industriales enteros, conquista mercados y acumula reservas. Para muchos, parece una maquinaria económica que todo lo planifica y casi nunca se equivoca.

Pero detrás de esa imagen ha comenzado a aparecer una realidad diferente. China continúa siendo una formidable potencia económica, pero enfrenta un problema que demuestra que tampoco existe planificación capaz de evitar las consecuencias de los errores: los chinos no están comprando lo suficiente para sostener todo lo que su país se ha preparado para producir.

Una de las causas está en la vivienda.

Durante décadas, millones de familias compraron apartamentos no solamente para vivir en ellos, sino como una forma de ahorro. Mientras los precios aumentaban, sus propietarios se sentían cada vez más ricos. Alrededor de aquella expansión crecieron constructoras, bancos, gobiernos locales y numerosas industrias.

El problema comenzó cuando se construyeron más viviendas de las que el mercado podía absorber y los precios dejaron de subir. Grandes empresas constructoras entraron en dificultades y muchas familias descubrieron que los apartamentos donde habían colocado buena parte de sus ahorros ya no valían lo que esperaban.

Una persona cuyo apartamento pierde valor se siente más pobre aunque siga cobrando el mismo salario. Si además teme por su empleo o sus ingresos futuros, hace algo perfectamente comprensible: gasta menos y ahorra más.

Multiplicada por cientos de millones de consumidores, esa reacción se convierte en un problema para toda la economía.

China construyó una extraordinaria capacidad para producir automóviles,

maquinaria, acero, electrodomésticos, baterías, paneles solares y muchos otros bienes.

Pero esas fábricas necesitan compradores. Y los chinos no están comprando todo lo que sus fábricas necesitan vender.

Ahí aparece una de las grandes contradicciones del modelo.

Durante décadas China creció invirtiendo enormes cantidades de dinero. Construyó carreteras, ferrocarriles, puertos, viviendas y fábricas a una escala que pocos países podían igualar. Ese proceso contribuyó a convertir una nación relativamente pobre en la segunda economía del mundo.

Pero llega un momento en que seguir construyendo no produce los mismos beneficios.

Una carretera necesaria facilita el comercio. Construir otra donde ya existen suficientes carreteras aporta mucho menos. Una fábrica genera riqueza cuando existen compradores. Ampliarla cuando ya produce más de lo que puede vender crea otro problema.

Y Beijing no puede sencillamente detener esa maquinaria. Reducir bruscamente las inversiones significaría menos construcción, menos pedidos, menos empleos y menor crecimiento. Por eso el gobierno continúa tratando de mantener la actividad facilitando crédito y promoviendo nuevas inversiones.

Pero aparece una dificultad que ni siquiera Beijing puede resolver mediante una orden: que haya dinero disponible para invertir no significa que existan suficientes buenos negocios donde invertirlo.

China puede ordenar a un banco que conceda más crédito. Puede financiar otra carretera o ayudar a construir otra fábrica.

Lo que no puede ordenar es que 1.400 millones de chinos se sientan más ricos y salgan a comprar.

Entonces queda otra salida: vender fuera.

Las exportaciones se convierten así en una válvula cada vez más importante: lo que los chinos no compran tiene que encontrar compradores en otros países.

Aquí comienza a cambiar la imagen del gigante económico invulnerable.

La extraordinaria capacidad exportadora de China continúa siendo una de sus mayores fortalezas. Pero cuando necesita que otros países compren una parte creciente de lo que sus fábricas producen, esa fortaleza comienza también a convertirse en una dependencia.

China puede producir más automóviles, baterías, maquinaria y paneles solares.

No puede producir los compradores que necesita.

Estados Unidos, Europa, América Latina y el resto de Asia tienen que querer —y permitir— que esos productos entren en sus mercados.

Esto no significa que China esté al borde del colapso. Sería absurdo subestimar una economía de semejante tamaño y poder industrial y tecnológico.

Significa algo más interesante.

China no es la maquinaria económica infalible que durante años muchos imaginaron.

También construye demasiado. También invierte mal enormes cantidades de dinero. También comete errores que después tiene que corregir. Y también comprueba que ni siquiera un gobierno autoritario con extraordinario poder sobre bancos y empresas puede eliminar las leyes básicas de la economía.

China sorprendió al mundo demostrando cuánto podía producir.

Ahora enfrenta una pregunta bastante más incómoda:

¿Quién va a comprar todo lo que China necesita producir para mantener funcionando su gigantesca maquinaria económica?